

# La Esquina sin Final

Nolram



# Capítulo 1

## **La Esquina sin Final**

Al lado de los andamios de una pequeña construcción que por su silueta delata que será un pequeño de estos mal llamados supermercados, que ofrecen los mismos productos de siempre con sobreprecio triplicado. En esa misma esquina oscura y olorosa a uretra vieja con sudor aún húmedo se acuesta el mismo mendigo sobre un almohadón húndido, debajo de la felpa aplastada están unos cartones que ya han dejado su silueta en la pintura aislante de la ferretería "Dr. Tuerca" de Rigoberto, y si así fuese, podría haberle puesto unas cuantas al ahora completamente destartado engranaje del vagabundo cliente de etanol al catorce por ciento, siempre pegado a su caja de vino que no diré la marca para no ser chismoso.

En el pasado no era eso que no se mira en los reflejos de los autos o las vidrieras, ese estorbo al que los nenes que entran a comprar evitan para luego volver al local porque se equivocaron y esquivan con poca sutileza de su desprecio, antes al menos miraban al perro, pero su mejor amigo Laucha murió hace muy poco más o menos desde que se desmayó por abusar del vino y tuvo uno de esos malos viajes en su esquina que por suerte, nadie intervino porque pensaron que estaba dormido, aunque podría haber muerto está contento de saber que nadie le vio en un estado tan deplorable, él si quería a ese perro, pero que tanto iba a durar algo al cuidado de un inadapto social que es relegado de sus propios halagos. Hace muchos años él fue de esos a los que llamaron cobardes por no triunfar en un enfrentamiento que marcó la historia de su nación, ahora lo asimiló como una realidad no por no haber ganado sino por no haber muerto como si lo hicieron esos rostros que ve de vez en cuando sobre su cabeza, acechándolo, juzgándolo.

Ahora van a poner el supermercado al lado de la ferretería, va poder comprar para saciar sus hambres mucho más fácil, una lástima que estén tan caros los puchos pensó, pero de mientras hay que ir al almacencito ese de Monroe al 2300. En el camino se vuelve a cruzar con Silvina la jubilada entusiasta a las alhajas de jardín, siempre que le ve recoge su escoba hacia su pecho pero con algo de complacencia siempre le da algo, pasa por ahí precisamente porque la vieja, a veces, le da comida o de vez en cuando plata y justo ese día le tocó la buena abundancia, con 40 pasados en blanco desde el bolsillo del delantal verde de la doña hacia su jean agujereado marca cuchufu. Silvina le tiene pena aunque cada vez esté peor, estará peor sin mí piensa.

Ahora que tenía algo más de plata aspiraba a algo más alto, justo así se iba a gastar todo el dinero que recaudó en el día entre la limosna y un donativo suntuoso que le permitió comprar una ginebra, barata pero

ginebra al fin. No cruzó por la puerta de Silvina de lo retorcido que es el mensaje de "Con esto se nutre el buen linyera", mejor sigue de largo y dió vuelta manzana para quedar otra vez recto hasta su posadero. En el camino el sol le pegaba en la frente haciéndole sudar así que no se aguantó mucho y mancilló su hígado con placajes cirróticos aroma de enebro.

Ya en su esquina de siempre saludó a Rigoberto que le devolvió el saludo con cara de póker y un paquete de tornillos Phillips en su mano, había otro hombre de espaldas mirando al mostrador. Se quedó mirando al cielo con la vista en alto, así cerró los ojos para sentir el golpe pero no se sentía como siempre, rememoró ese instante donde debía dejar la cubierta del barco con su fusil en mano y esos centímetros de subida hacia tierra firme que sintió incontables, así lo sintió porque allí iba a morir, como los compañeros a los que no vio volver y a los que vio también, así que un pie adentro y no vuelves Mauricio, de esta no te salva nadie.

Esa misma sensación tuvo y dentro de sus párpados vio una escalera infinita descendente de forma caleidoscópica, como si los escalones se intrincaran a cada milésima en bajada y con sus pies borrachos no hizo más que caer y caer a través de ese descenso irrecusable hacia el siguiente escalón, que depara a quien sabe qué. En su descenso lloró, rezó, gritó sin saber si realmente lo hizo porque no pudo escucharse porque del miedo se le durmió el cuerpo completamente. Ya abajo veía su final tirado sobre la banquina aceptando al fin morir aunque no haya sido como debió de haberlo hecho, rezó por el perdón de sus pecados a Dios y allí terminó su historia, ya está.

Ojos abiertos de nuevo y estaba en su esquina justo donde se había quedado a ver el cielo. De la ira por otra vez no haberlo logrado terminó la ginebra que le quedó en la botella, la tiró contra la acera casi dándole a un gato mugroso carcomido por las pulgas prometiendo no volver a comprar esa mierda y se acostó a dormir para mañana seguir el deletéreo círculo.

## Capítulo 2

### **Cambalache**

El supermercado que compartía cuadra con la ferretería fue terminado, habían pasado dos meses desde su amenaza comercial a los kioscos y almacenes, su sola existencia, aunque fuese en un principio un amago igualmente hizo clamar al descontento del chat grupal de comerciantes, habrían deseado ser ese albañil paraguayo con su ayudante que tan temprano como siempre trabaja en las remodelaciones del local, para dejar rienda suelta a la mezcladora y sellar esas puertas para siempre. Pero obviamente no todos estaban en descontento. Los años siguieron pasando.

Mauricio seguía acumulando roña en su pared, ahora tiene una latita de puré de tomate que encontró tirada en un contenedor, todavía huele a tomate podrido, está abollada por la mitad y sin etiqueta bien a su estilo. Él era quien parecía a vísperas de la apertura del local, se ahorraría tener que volver al almacén pasando bajo las miradas despreciativas del resto, por lo menos serían dos o tres asiáticos de quienes no podría notar exactamente como le están mirando. Su hábito pintarrajeado por aguas negras que una camioneta hizo chapuzar sobre él, en una broma vil con tal de desestresarse viendo sufrir al prójimo, esa camiseta azul a rayas negras parecía agujereada en cada perpendicular, mientras que su saco gris regalado en la caridad ahora se tinturaba de forma natural hasta volverse gris oscuro con matices marrones.

Su calvicie siguió creciendo, las canas caminaban como marabuntas hasta las raíces, otra vez quemó cuatro kilos de músculo y los transformó en grasa, junto con aditivos bromistas de grasa que le hacían cada día más panzón, se le salía un dedo por la suela del zapato rasponeado por su caminar lento y vencido, tardíamente su mente procesaba lo que estaría pasando en el mundo, su último recuerdo feliz fue la derrota histórica de Inglaterra en el 86, con el público mexicano apoyando de forma Malinche. Como siempre en su calendario los días no se cuentan, pero pasan, otra vez las banderas de Argentina y la conmoción popular de siempre en las calles, crónicas de un fracaso perpetuo.

Pero esa noche fue diferente, el unísono del desgarrado grito popular quebrantador de vidrieras con su solo eco a las nueve y veinticuatro, el eco de las bocinas retozando entre aquellas cuerdas vocales fragmentadas en la fracción de un segundo, mientras él, sin saber que pasaba ya que lo último que recuerda del fútbol fue la muerte del Diego, esa la vivió mal pero acostumbradamente, otra muerte en su haber no hace daño.

Entonces se armó de valor, tocó tres veces en la ferretería "Doctor Tuerca", Rigoberto estaba rojo de pasión con tintes celeste y blanco que

tenían formas de pequeñas manitas por toda la cara, recientemente se hizo abuelo pensó. Preguntó si podía ver el partido, sin dar explicaciones. Rigoberto en su euforia le dio paso, y a cada uno de estos esa misma emoción mermaba como hielo sobre carbón.

Pasaron tras el mostrador y pasando hasta el fondo de los estantes de herramientas y pequeños tornillos abrió una puerta, dando paso a una escalera ascendente. Apenas llegaron al departamentito con balcón hacia un callejón su incómodo vecino puso su saco en la silla donde se sentó, la nieta de este lo miraba como si aquel arrastrado animal no fuese un veterano, sino una estatua ultrajada por las heces de algún rumiante, un Roca enfrente suyo, esa misma figura que se acomoda en la esquina a hacer nada, como dice su abuelo cuando le pregunta que le pasa ese señor. Había gaseosa y cerveza, también una picada con queso, longaniza, maníes, chisitos y aceitunas sin carozo.

El partido iba por el minuto veintitrés, el gol había sido dos minutos antes, todavía quedaba un largo y tedioso partido venidero, donde aquel local podía hacer de las suyas en su campo de batalla en un tira y afloja de quien pudiese sostenerse mejor.

A los jugadores no les queda otra más que intentar resistir ese 1-0 en la trinchera, como Eulogio Macazaga, su compañero y amigo más cercano, con quien compartió frente. Con los años siguieron sosteniendo esa cadena recia del trauma compartido, sin referenciar absolutamente nada hasta que ambos completamente borrachos detallaban algunas cosas, siempre limitándose bajo esa promesa silenciosa que una persona presente en alguna batalla sostiene con cualquier otra, Nadie que viene del frente habla de él, porque nadie podría pecar de tanta soberbia como para relatar detalladamente algo que sigue pasando en sus cabezas.

Cuando en esos puntapiés de serotonina hablaban más de la cuenta, hacían algún comentario ambiguo sobre el tema, y silenciaban sus pensamientos afanados por recordar la conversación anterior para retomarla, encarándola como si nunca hubiesen dicho eso, mientras que el otro liquidaba ese recuerdo, volviéndolo un vacío en aquella conversación que nunca sabrá reconocer, fardan y dicen que los entrenan para eso, para olvidar cosas. Nunca pudo olvidar su muerte, la última estaca hacia su humanidad fue perpetrada, dejó su trabajo y se dedicó a quemar los días, lo echaron de su departamento por los atrasos y terminó viviendo donde ahora espera sin dudar.

Algo similar pasa con este encuentro, nadie podrá afirmar o detallar que pasó hasta que pite el árbitro. Pensaba para sí mismo sobre ese arbitro de la vida, que también va de negro y blanco, pero no lleva silbato porque le gusta agarrar desprevenido, no amonesta, ya que sus avisos solo son para recordarte a cada instante que en algún momento terminó tu turno, nunca podrás terminar el partido, siempre perderás, se comienza para no

saber cómo finalizará. Es el pago que cada uno de nosotros hace únicamente por aquel ultrajante atrevimiento de existir.

Pero el partido prosiguió, y seguía atento. Rigoberto dubitada sobre el interés extraño de aquel vagabundo de quien no sabía ni su nombre, pese a dormir a escasos metros de su local durante años, no decía muchas palabras, a lo máximo llegó a comentar sobre la alineación elogiando a las decisiones técnicas, cosa que Rigoberto no compartía ya que según los programas que veía, el director técnico era algo menos que un joven e inexperto muchachito cuarentón, un mono con veinticinco navajas caras, se lo trataba de explicar a ese demacrado hombre viejo, quien no hacía caso a sus comentarios, como si estuviesen fuera de su liga. Mientras comía maníes salados le preguntó su nombre, aquel le dijo Mauricio, lo anotó en sesera para un futuro.

Pero la niña, sintiéndose valiente entabló algo de conversación con ese, que para la sorpresa de su abuelo (y para ella también) si conversó con algo más de voluntad, le explicaba que era lo que pasaba, las alineaciones a las cuales no respondió con profano interés como hacen todos los niños pero se mantuvo atenta porque esa pétrea figura si era una persona, así que no perdió ocasión para preguntar porque era tan complicado el partido, porqué los jugadores no metían infinitos goles, que era un delantero, un defensa, por las reconocibles figuras del campo, etc. Su abuelo por otro lado, envidiaba esta atención que su nieta le daba, le recordaba a su hija cuando pequeña, misma mujer adulta que la dejó a su cuidado esa noche para dormir en el departamento de su nuevo novio.

El pitido hizo retumbar la ciudad con fuegos artificiales por primera vez en años, volvieron inusualmente los artificios tras una crisis más en la historia de esta tierra de la plata. Manos alzadas, pisos superiores vibrando gracias a las pisadas trémulas de cada ciudadano, se oyeron botellas partirse, nació metida en la barahúnda el abrazo de una infanta eufórica por la victoria para ese Patricio de la Decadencia, parado sobre sus rasposas plantas captando el polvo del suelo con su sudor nervioso. No demostró interés para fuera, solo agradeció por la picada, tomó su saco, pidió a Rigoberto que lo acompañase hasta la salida, dejando tranquilos y dudosos de que había pasado a los inquilinos, ya que no sintieron molesta su presencia.

Retomó en su esquina, vio pasar autos, gente saliendo para ver los fuegos, algunos que salían a tomar irrespetando el distanciamiento social. Por primera vez le traían comida caliente, un plato de locro tendido, hacia él ,por Silvina de quien no sabe cómo llegó tan rápido si apenas se había sentando recordándose el chismoseo vecinal. Aquel plato tenía tenía una cuchara de plástico celeste y blanco dentro, dijo gracias para que se retirara a su hogar, para que no sufra el frío nocturno y degustó la comida. Mientras comía solo, en el frío de la noche cuando todos volvían a sus interiores, hizo por primera y última vez presencia en su memoria

perpetua a la emoción, sus lágrimas se mezclaban con el locro mientras dejaba una cucharada fría del mejunje dentro para que se entibie otra vez.

Eulogio murió antes de ver cortada esta racha de mala suerte, hubo compañeros que ni siquiera pudieron ver la victoria en el '86. Cuando quien debió perderse ambas debía ser él, pero sabe que, si en su lugar hubiese muerto, Eulogio y cada uno de ellos dirían exactamente lo mismo.